

# UNA ECONOMÍA EQUITATIVA

Alfredo PASTOR

**Adreça:** Plaça Bonanova 6 4rt 1<sup>a</sup>

08022 BARCELONA

**E-mail:** apastorbodmer@gmail.com

## Resum

L'apreciació de l'equitat és inherent a la persona. El mercat competitiu promet eficiència, no equitat. Es pot argumentar que una de les seves manifestacions, la globalització, ha tingut l'efecte de reduir enormement la desigualtat, però aquesta conclusió és massa simplista. En els països més rics, la desigualtat s'ha vist augmentada en els darrers trenta anys, cosa que demostra la manca d'equitat del sistema. Les correccions habituals —la redistribució via impostos i transferències— deixa una societat dominada pel principi d'intercanvi d'equivalent que regula les operacions de mercat i la solidaritat que obliga a cedir a l'estat part del que s'ha guanyat: una societat de la qual tots desitgem escapar. Complementar la solidaritat amb la fraternitat fa possible que una major equitat no causi ressentiment. Això requereix un canvi de mentalitat: la consideració de l'economia com a activitat humana, inspirada per a un propòsit, com ensenya la doctrina cristiana, l'única que pugui facilitar-lo.

**Paraules clau:** economia, equitat, eficiència, solidaritat, fraternitat.

## Abstract

*Equality is something every individual values. The competitive market promises efficiency, not equality. It could be argued that in one of the forms it takes, namely globalization, it has had the effect of reducing inequality to a great extent, but this is a somewhat simplistic conclusion. The richer countries have seen an increase in inequality in the last thirty years, which is an indication of the lack of equality in the system. The usual means employed to correct the situation —redistribution of wealth by way of taxes and transfers— creates a society dominated by the principle of equivalent exchange which controls market operations and the solidarity that forces us to give to the state a part of what we earn: it is a society from which all of us long to escape. By combining solidarity with brotherhood it is possible for a greater equality not to cause resentment. For this, a change of mentality is needed,*

*whereby the economy has to be seen as a human activity, with a specific intention behind it, just as is taught by Christian doctrine, the only teaching that can make it happen.*

**Keywords:** economy, equality, efficiency, solidarity, brotherhood.

## I

El concepto de equidad presenta un atractivo especial. La equidad como categoría pertenece a un aspecto de la justicia, la llamada justicia distributiva, porque se refiere a situaciones en que hay que repartir algo entre muchos, ya sea un bien, como en el caso de un pastel o de una herencia, ya se trate de un derecho, o de una prioridad, como cuando hay que fijar el orden de acceso a un trasplante o de saber quién será el primero en volver a casa al término de un conflicto militar. Pero así como uno puede, por lo menos en teoría, definir la justicia con precisión, es decir, sin consultar a los que puedan ser afectados por sus decisiones, ello no parece posible en el caso de la equidad: un reparto, una asignación o una prioridad son ante todo percibidos como equitativos o injustos (*unfair*) por los participantes: todos tenemos una noción de lo que es o no es equitativo, aunque, desde luego, el contenido de esa noción varía en el espacio y en el tiempo, así como entre las personas. Nos encontramos así con un concepto innato a la persona humana a la vez que recalcitrante ante los intentos de definición académica: una situación para algunos muy gratificante.<sup>1</sup>

Se comprenderá que renunciemos a dar una caracterización precisa de equidad, pero una observación parece necesaria: si bien es seguramente cierto que equidad no es sinónimo de igualdad, porque se admite que sea equitativo un reparto que asigne partes o prioridades distintas a personas que se encuentren en circunstancias distintas —el soldado que tiene familia o aquél que ha visto más horas de combate pueden pasar antes que otros en la listas de repatriados— equidad e igualdad tienen algo que ver, porque la equidad no parece compatible con situaciones de extrema desigualdad.

Nuestra economía, la economía de mercado, ¿es equitativa? Si no lo es, ¿qué puede hacerse para corregir esa falta de equidad? Los correctivos habituales, ¿son verdaderamente eficaces? ¿Hay otros posibles? Y en la tarea de ir logrando una economía y por ende una sociedad más equitativas, ¿cuál

1. En la introducción a H. PEYTON YOUNG, *Equity*, Princeton U. P., 1994 encontrará el lector una panorámica del término.

puede ser la contribución de la religión? Estas serán las preguntas sobre las que trataremos de dar alguna respuesta en lo que sigue. Huelga decir que con todo ello no pretendemos más que dar quizá algunas pistas a explorar por quienes son más doctos y están más autorizados que el que esto escribe.

## II

¿Es la economía de mercado equitativa? No: incluso en la enrarecida atmósfera de los manuales, una economía de competencia perfecta asignará los recursos de forma *eficiente*, lo que solo quiere decir que sería imposible producir algo más de un bien o servicio sin producir algo menos de algún otro bien o servicio. Eso es todo lo que se le puede pedir al modelo de competencia perfecta; puede que una situación sea eficiente y que al mismo tiempo todos los recursos pertenezcan al Sr. A, o que todos los bienes vayan a parar al Sr. B. La propiedad de eficiencia no tiene nada que ver con la de equidad. En resumen: la economía de mercado, incluso en su versión más abstracta, no tiene por qué ser equitativa. No pidamos que lo sea. No es ocioso recordar que, si el modelo de los manuales no tiene por qué ser equitativo, ello es aún más cierto en el mundo que nos rodea, porque las imperfecciones de la economía real con respecto al modelo, los llamados fallos del mercado, suelen contribuir a que en la práctica la situación sea aún menos satisfactoria por lo que a la equidad se refiere.

La cuestión puede abordarse desde un punto de vista más dinámico que el de los manuales y quizá más atractivo en este momento. No es difícil admitir que todos los grandes cambios de la Historia han creado ganadores y perdedores, desde luego en proporciones distintas según los casos; esa es precisamente la misión de la Fortuna, esa «general ministra y guía» de quien habla Virgilio a Dante (*Inf.*, VII, 78): humillar a quienes están arriba y exaltar a los de abajo, para que nadie se figure que está donde está por sus propios méritos. Nuestra época está siendo marcada por dos grandes cambios, lo que llamamos globalización y la llamada revolución digital. Pensemos por un momento en la globalización y sus consecuencias: la entrada de grandes países como China y, en menor medida, la India, en el escenario económico mundial ha contribuido a un uso más eficiente de los recursos, pero los efectos de esa mayor eficiencia se han repartido de manera muy desigual: si pensamos solo en las economías industriales, ha beneficiado a sus consumidores, ya que han podido disfrutar de precios más bajos para muchos de los artículos que compran; ha beneficiado también a los que producían bienes

destinados a la exportación, como los fabricantes de material de transporte y bienes de equipo de países como Alemania o EE.UU. Por el contrario, los fabricantes de juguetes, o de textiles y confección, de las economías avanzadas han visto desaparecer su mercado, con las consecuencias que son de imaginar sobre empleo y salarios en las localidades y regiones más directamente afectadas. No puede decirse sin más que el reparto de los beneficios de la globalización haya sido equitativo.

Volvamos ahora por un momento a la relación entre equidad y desigualdad para abordar algo que se aduce con frecuencia a favor de nuestra economía de mercado: ¿acaso no es cierto que la globalización, es decir, la extensión del libre comercio, ha contribuido decisivamente a la reducción de la desigualdad en el mundo? ¿No es eso sinónimo de mayor equidad? ¿No es entonces la continuación del crecimiento a través del libre comercio el método más seguro para mejorar la equidad? Es cierto que la distribución mundial de la renta parece hoy menos desigual que hace treinta años, pero ese efecto desaparece si de la distribución eliminamos China. Dicho de otro modo, es el enriquecimiento de la mayoría de la población china durante esas tres décadas lo que da una apariencia de mayor igualdad a la distribución mundial, mientras que si se observa la distribución de la renta en China se ve cómo esta se ha hecho más desigual durante ese mismo período. De manera que los efectos de la globalización se han repartido de forma muy desigual en el mundo occidental, mientras que la entrada de China en la economía de mercado ha dado como resultado una mayor eficiencia, pero también una mayor desigualdad.<sup>2</sup> Tanto la teoría como la experiencia nos dicen, pues, que no hay que confiar en que la operación automática de la economía de mercado resulte en un mayor grado de equidad.

### III

Podemos preguntar ahora qué se ha hecho, en las economías llamadas avanzadas, para corregir la falta de equidad de la operación de las economías de mercado. La respuesta es, naturalmente, la actividad de redistribución emprendida por los estados, en sus variadas formas: el sistema impositivo, por una parte y la construcción de un estado del bienestar, por otra. Que la intervención estatal ha sido efectiva en reducir el grado de desigualdad en

2. Cf. sobre esto, B. MILANOVIC, «Global Inequality in Numbers: in History and Now», *Global Policy* 4-2 (2013), *passim*.

economías como la nuestra lo prueba la evolución de la primera mitad del siglo xx, que muestra, en todas las economías occidentales, una significativa disminución, debida principalmente a la introducción del impuesto progresivo sobre la renta. La tendencia descendente de la desigualdad, sin embargo, parece haberse detenido a partir de la década de 1970 en la mayor parte de los países occidentales, y en muchos de ellos ha vuelto a aumentar a raíz de la crisis. Parece como si el esfuerzo redistribuidor hubiera alcanzado un límite, cuando es así que en muchos países el grado de desigualdad es todavía apreciable.<sup>3</sup>

Un trabajo de Stefano Zamagni presenta un enfoque esclarecedor de este fenómeno. Nuestras economías de mercado están basadas en dos principios separados: el del *intercambio de equivalentes* rige los resultados de las transacciones de mercado, el de *solidaridad* preside la redistribución. En el mercado, cada individuo trata de maximizar lo que de él consigue; fuera de él, entrega parte de lo conseguido al Estado, que se encarga de redistribuirlo. En el mercado, da para recibir; fuera, da por obligación. Para Zamagni, esta situación es insostenible, porque para serlo el principio de solidaridad ha de venir completado por el de *reciprocidad*, que es el que hace que alguien dé algo a alguien, no a cambio de un equivalente, sino con la expectativa, no el derecho de recibir algo, no necesariamente del mismo valor objetivo, ni en el mismo momento, del beneficiario. Para que este principio esté vivo en el ánimo de la gente es necesario que partamos del reconocimiento de la *fraternidad*. «Una buena sociedad no puede contentarse solo con solidaridad. Una sociedad con solidaridad pero sin fraternidad sería una sociedad de la que todos querrían escapar».<sup>4</sup>

Volveremos a este enfoque de Zamagni al final de esta nota. Lo dicho aquí basta para justificar lo que los datos parecen decirnos: que no esperemos grandes cosas de la reducción de la desigualdad a través del sistema impositivo ¿Qué otras medidas son posibles? Podemos señalar dos: la primera es, sencillamente, evitar la elusión fiscal que practican grandes compañías, domiciliando sus ingresos en paraísos fiscales o en territorios de baja fiscalidad, evadiendo así la obligación de sostener el estado del bienestar de aquellos países en que desarrollan una parte sustancial de su actividad.

Recientemente se está abriendo un camino alternativo, no excluyente del anterior: mejorar los resultados mismos del mercado, haciendo así más equi-

3. *Ibíd.*

4. S. ZAMAGNI, «Catholic Social Thought, Civil Economy, and the Spirit of Capitalism», en D. K. FINN, *The True Wealth of Nations*, Oxford University Press 2012.

tativas las remuneraciones de los factores de producción, capital y trabajo. En efecto: si es cierto que en el modelo de los manuales cada factor de la producción recibe lo que merece, el valor de su productividad marginal, en la práctica hay un componente del producto, cuyo valor se estima entre un 10 y 30 %, que se reparte como fruto de una negociación, y en cuyo reparto pesa mucho, naturalmente, el poder de cada una de las partes. En la mayoría de países industriales los trabajadores han visto mermado su poder de negociación, por la amenaza de la competencia extranjera o por la proliferación de contratos precarios. Por otra parte, el mercado real está plagado de pequeños monopolios, ejemplo de los cuales es el creciente número de actividades que precisan una licencia para su operación, sin que ese requisito tenga siempre una justificación objetiva; esos monopolios se apropian de una parte del valor del producto o servicio que no corresponde a su aportación. Ya se ve que esta avenida de actuación es más compleja que la anterior, y que los progresos en esa dirección serán necesariamente laboriosos, por la resistencia que habrán de encontrar.

#### IV

Los males que aquejan el funcionamiento de nuestra economía de mercado —en particular, la percepción de que los resultados del mercado son cada día más injustos— son tan visibles y tan graves, que pueden hacernos olvidar sus muchas ventajas. Por otra parte, de lo dicho anteriormente se desprende que los correctivos que la política económica ha puesto en práctica para aliviarlos se revelan muy insuficientes. La conclusión de esas dos observaciones no debe ser, en modo alguno, que la economía de mercado no tiene arreglo, sino más bien que el problema de la falta de equidad económica no tiene solución en el plano económico en que se plantea, sino que hay que ir más al fondo de la cuestión.

Las reglas que deben presidir el funcionamiento de una economía de mercado fueron codificadas en la Italia de la Baja Edad Media.<sup>5</sup> Comprenderían tres principios básicos: la división del trabajo, la acumulación (el derecho a la propiedad privada que permitía prevenirse contra acontecimientos futuros) y la libertad de empresa. Estos tres principios siguen siendo una buena caracterización de una economía de mercado, pero hay una diferencia esencial entre la que imaginaron los franciscanos italianos y la que tene-

5. *Ibíd.*, 69.

mos ante nosotros: el objetivo. Para aquellos, la esfera económica tenía como objetivo satisfacer las necesidades materiales de la comunidad, y estaba subordinada al objetivo principal de una buena sociedad: ayudar a cada persona en su camino de perfección. Esta exigencia era la que daba coherencia a todo el edificio social. Este principio permitía condenar las situaciones injustas.

Nuestras economías de mercado se rigen por los mismos principios; la diferencia hay que buscarla en el propósito. El objetivo de la economía de mercado es hoy maximizar la suma de los niveles de bienestar de los individuos: esta es la regla que heredamos del utilitarismo, más allá de la cual el economista no se atreve a opinar. Desaparece la noción de comunidad y con ella el concepto de bien común. El resultado es bien patente: las sociedades muy desiguales, donde nadie se ha preocupado del bien común, son sociedades violentas, inseguras y, en su conjunto, pobres. Los más ricos se protegen como pueden, pero nadie vive bien en ellas.

La vía para ir eliminando esas patologías de la economía de mercado se halla, en mi opinión, en la sugerencia de Zamagni: completar el principio de solidaridad con el de fraternidad. Naturalmente, no se trata de pensar en una medida de política económica, sino de algo mucho más profundo, de un cambio en nuestra forma de pensar.<sup>6</sup> Lo más que pueden hacer una buena política y una buena economía que le esté subordinada es crear un entorno propicio a la eclosión de ese principio de fraternidad. Y es justamente ahí donde los cristianos pueden desempeñar un papel esencial: en el fondo, para un no creyente la fraternidad puede no ser más que un deseo piadoso, y la búsqueda de la equidad una regla convencional de buena política, mientras que para un cristiano la fraternidad es un hecho, y de él se deduce inmediatamente la exigencia de buscar la equidad. Una economía y una sociedad construidas, no bajo la dirección de la Iglesia —una dirección que pocos piden y muchos aborrecen— sino con ayuda de la levadura que es la doctrina cristiana encarnada en sus fieles será siempre una sociedad más sólida, porque estará guiada por un propósito inmejorable.

6. Es necesario estar prevenido contra la tentación de hablar de la forma de pensar *de la gente*: el reformador debe considerarse parte de lo que hay que reformar.